Les Temps Nouveaux

# Germinal

Paris (4 Rue Broca)

Año III. Lima, 29 de Julio de 1905. Núm. 43

## LA TRISTEZA AMBIENTE

Recientemente hacía notar un distinguido cronista el carácter de profunda amargura que revisten en nuestros días casi todas las creaciones literarias. Es un hecho. Reflejo de la vida, la literatura expresa fielmente las congojas del alma moderna. Somos más sabios, somos más ricos, somos mejores que los hombres que nos precedieron. Pero más tristes. Enmedio de los esplendores de una civilización material avanzadísima, el espíritu humano se siente transido de angustia.

Durante el primer tercio del siglo pasado se puso en moda la tristeza. La salud, el contento, la dicha de vivir fueron declaradas cosas vulgares, propias solo de especieros y filisteos. Los muchachos comían poco para no engordar; las niñas bebían vinagre para tener la tez pálida. Ser lánguido y mortecino como un sauce llorón, constituyó durante mucho tiempo el colmo de la elegancia. Estas y otras flaquezas formaron la caricatura de aquel gran movimiento romántico, tan rico, tan complejo, tan henchido de idealidad. Pero en la tristeza romántica había algo de voluntario y aun no poco de convencional. El romântico era un iluminado. A sus ojos la vida tenía un sentido oculto, mal disfrazado por la grosera realidad. Todo mozalbete lacio y marchito teníase por un ser superior, un desterrado del ideal, un Antony. un Renée, perseguido por los rigores del destino. Todos creían sentir dentro de sí la inquietud de Childe Harold, la desesperación de Manfredo y las pasiones de Werther. Su orgullo satisfecho consolábales en su cuita. Una exaltación anormal, un fondo de vaga é indefinible poesía hacía de aquella tristeza un sentimiento complejo, sin duda enfermizo y anómalo, pero superior en atractivos para ciertas almas á la salud y á la alegría.

Nada hay de eso ahora. Leed *La ramera Elisa*, de Goncourt; ó *L'Assommoir*, de Zola; ó *Jack*, de Daudet; ó *Une vie*, de Maupassant. ¡Qué amargura! ¡Qué desesperanza! La tristeza actual no es el luto del ideal soñado, la aspiración á mundos mejores, el ansia de cosas eternas. Es la tristeza de la vida contada por la vida misma. Es la bancarrota de la realidad. Es el grande, el sumo desengaño de los hombres y de las cosas. Es, comparada con la romántica, lo que el supremo, el definitivo desencanto de la vejez, en comparación con las dulces melancolías de la adolescencia.

Quieren los creyentes explicar este estado del alma moderna por el desfallecimiento de la fe. ¿Quién se complace y deleita viviendo entre ruinas? ¿Cómo no han de llorar los humanos la orfandad á que ellos mismos, deicidas, se condenan? ¿Cómo no ha de estar triste una humanidad que asiste á las excequias de Dios? Fuera ello así si la religión que muere lo hubiera sido de vida y de alegría. Al espirar el paganismo, al resonar en los bosques sagrados aquella exclamación fatídica, "los dioses se van" pudo decirse con razón que con ellos abandonaba á los hombres la dicha de vivir. El cristianismo ha sido la religión de los tristes. Por consolar á los afligidos ha difundido la aflicción. casi dos mil años lleva la humanidad prosternada ante una cruz, adorando una gran tragedia. La religión es para los modernos algo sombrío, tenebroso, lúgubre. El templo no es lugar de sonrisas, sino de lágrimas. Si una inmensa esperanza ha atravesado la tierra, conforme á la expresión de Musset, ¿es que no la ha atravesado también un gran terror? Dígalo aquella Edad Media, sobrecogida de espanto, noche de horror poblada de fantasmas, al salir de la cual la humanidad respiró como quien despierta de siniestra pesadilla. Los vencidos de la vida, los desgraciados, los desahuciados, los caídos podrán sentir aún la nostalgia de lo eterno. La gran masa humana no puede ver ya un ideal en esa doctrina adusta que ha llegado al absurdo de santificar el dolor.

Para otros, los científicos, los fisiólogos, la causa del mal son los nervios. La sociedad está neurasténica. Adolece de un desequilibrio nervioso de cuyos síntomas hizo Max Nordau un maravilloso estudio clínico. Pudiera aceptarse la explicación á ser la neurosis privativa de nuestro tiempo. Vueltos al pasado encontramos que la humanidad nunca ha estado tan sana como al presente, à partir de los tiempos clásicos. Pueblo totalmente equilibrado sólo lo ha sido el pueblo griego. Antes y después de él la historia humana es un tratado de patología. Después sobre todo. La neurosis cristiana fué terrible,. Quien lea *Las tentaciones de San Antonio*, de Flaubert, se creerá trasladado á una easa de orates Durante mil años los humanos vivieron en pleno delirio, atormentados por las visiones más horrendas; íncubos y súcubos, trasgos y endriagos, brujas y duendes, almas en pena y diablos de todas hechuras. Pululaban los iluminados, los endemoniados, los convulsionarios. Se vivía en perpetuo milagro, en perdurable maravilla. Comparada con las pasadas la neurosis actual más bien parece principio de convalescencia.

Yo atribuyo la tristeza ambiente al desarrollo del altruismo. Un sentimiento de inmensa, de infinita conmiseración por todos los dolores humanos se ha apoderado de las almas. Despertada de sus ensueños de ultratumba, convertida su atención á lo presente, la humanidad ha sentido todo el peso de su infortunio. Nunca la preocupación del mal ajeno ha embargado á tal punto los espíritus. Se advierte en el libro, en la revista, en el periódico, en el diálogo, en el monólogo. Esta sociedad, que parece la más egoista, es en realidad la más piadosa de cuantas han existido en el mundo. La desgracia de los caídos turba la dicha de los triunfantes. Ante el espectáculo de la opulencia, la salud, la ventura, todos pensamos por contraste en la missria, la enfermedad y el desconsuelo. No podemos contemplar los esplendores del lujo sin rememorar las angustias de la indigencia. La mujer dichosa, adorada en el santuario del hogar, nos recuerda á la inteliz prostituída, moradora del lupanar, esclava del amor venal. El niño que duerme tranquilo en su cuna evoca en nuestra mente la imagen de la infancia desesperada y desvalida. Es una obsesión que nos fatiga y nos acosa. En la mesa, junto al fuego, en el lecho el espectro del dolor universal nos persigue sin tregua á modo de remordimiento.

Ha dicho Spencer en alguna parte, que la compasión estéril, que no ha de traducirse en obras, es un sentimiento deprimente y nocivo que sólo sirve para aumentar la suma de mal en el mundo. Pero, ¿quién osará afirmar que sea estéril la compasiou? Muchos gérmenes prodiga la naturaleza para que algunos se fecunden. Esa conmiseración general extiende el mal para curarle. Hoy amarga la vida de muchos para hacer mañana la ventura de todos. No hay que combatir esa tristeza, hay que cultivarla, desarrollarla, agigantarla hasta que, vencedora del egoismo, obligue á cada cual á ver en la dicha de los demás la base y condición primera de la propia dicha.

ALFREDO CALDERON.

## LA LIBERTAD

En la América española la libertad no ha sido medio, fin, ni principio. Heredó vicios de carácter i de costumbres que han hecho de la libertad una extranjera en sus hogares. Con decir que sus pueblos tienen autoridades políticas que no brotan del sufragio, basta para que quien realmente entienda de eso, sepa á qué atenerse sobre sus instituciones democráticas.

España fué libre en un tiempo. La casa de Austria verificó en ella moralmente una castración que estuvo á punto de ser definitiva; porque la casa de Borbón,—con la excepción inmensa de Carlos 3°:—no mejoró lo que había empezado la casa de Austria. La América colonial estuvo bajo el influjo de los peores tiempos políticos de España, agravados aquí por la lejanía i por la funesta sed de oro.

Lo que vino después no ha sido la república. A menos que con tener el nombre se contenten los pueblos. En los nuestros cualquier hombre de poca lectura i mediano entendimiento se erige, si ello le place, ó si su vanidad lo sueña, en genio privilegiado,—en una especie de semidiós que en seguida la adulación incensa. Con tener los cuarteles, se obliga á los pueblos á vivir literalmente de rodillas, abdicando, cuando ello más ó menos transitoriamente le conviene á un mandarín, hasta la fe de su conciencia.

Aquí, después de medio siglo de libertad, no existía el registro civil, i hai *repúblicas* de nuestra América donde no existe ni aún como esperanza. De Méjico para abajo los gobernadores i las autoridades se nombran en América como en Rusia, no sólo en el mismo sistema, sino con la misma inspiración característica: como los sátrapas antiguos. En Colombia se pelea de vez en cuando por la libertad, i se consiguió durante corto tiempo. En los demás países ni se sospecha en qué consiste: están todos mui bien hallados con detalles de la vida pública que son ignominiosos.

La teoría de los tiranos providenciales que inventó Napoleón III en su libro sobre César, quedó en la guerra franco prusiana reducida á tales fragmentos i cubierta por tal vergüenza, que en ningún pueblo deveras culto habrá quien tenga la *poca pena* de resucitarla.

Rufino Barrios fué un *providencial* en Guatemala i por poco logra serlo en todo Centro América. Los Ezetas lo fueron aquí cerca, i García Moreno lo fué en el Ecuador. El sistema no necesita más descrédito.

En los albores de la civilización puede haber hombres extraordinarios. Después los hai para tocar el violín ó para pintar ó dar el dó de pecho: para otras cosas nó; el sentido común basta.

Y fuera de la teoría de los hombres extraordinarios, no hai otra que la de los pueblos libres, que la de los pueblos en que la libertad debe ser principio, medio i fin, la columna vertebral de la sociedad, el eje de la vida.

Para ser libres se asociaron los hombres instintivamente; en el aislamiento no es libre el viejo, ni el débil , ni el enfermo. Fuera de la sociedad, no es libre el niño ni es libre la mujer. La libertad es la harmonía, es el equilibrio, es la belleza moral; es como luz de aurora sobre las cumbres de la vida. Por ella erguimos la columna vertebral: por ella se alza altiva, bajo la bóveda del cielo, la bóveda del cráneo. Por ella somos, i merecemos ser, los animales racionales del planeta. Principio, medio i fin de la sociedad i del individuo, eso es la sacrosanta libertad que los pueblos deben defender á mordidas, si no la pueden defend r á tiros. Que se recuerde la Francia del segundo imperio, que todo el mundo creía resplandeciente, i tenía sólo una capa de fuego fatuo sobre las tinieblas. Que se recuerde.....¿para qué recuerdos singulares? No hai una sola memoria de los pretensos gobiernos providenciales que no sea una vergüenza.

Los pueblos se salvan por sí mismos. Si pensamos otra cosa, fundemos la monarquía absoluta, i no persistamos en llamar repúblicas nuestros cacicazgos. Si nos inspiramos en la primera máxima, hagamos la república de veras.

No, no son anhelos indiscretos de libertad los que han entristecido i ensangrentado estas tierras: son ambiciones torpes, codiciosas, hipócritas ó descaradas, soberbias, cómicas ó trágicas, i la falta de temperamento i educaeión de nuestras masas para castigar á los audaces que las inquietan i las explotan. Contra un mandarín ha solido alzarse otro mandarín. Un régimen bastardo se ha solido sustituír con otro. Se despliega á cada momento, ante la opinión, con el mayor cinismo, como estandarte de ideas, el banderín de los intereses personales. Se sustituyen los conciertos de ideas con grupos de familias afines. La colonia perdura: el antiguo delegado de España se llama presidente, los congresos i las cortes de justicia están bajo su mano, él hace los gobiernos de provincia i los de los municipios, el ejército es su guardia pretoriana, el presupuesto es su *lista civil*, sus paniaguados son los próceres del país; ¿es obra de libertad lo que nos tiene arruinados i sin honra?

Las pugnas civiles de la América española han sido, por regla casi absoluta, por motivos puramente personales, bastardos, ¡por supuesto. Para decidir á quién le toca ordeñar la vaca, qué grupo ó qué hombre es el que se apodera de los relumbrones i los reales. Por anhelo de mayor cultura política no se ha peleado más que en Méjico i en Colombia.

No hai dos sistemas de gobernarse los hombres que sean buenos, si se admite que son seres racionales: deben gobernarse por sí mismos. Todos los que pretenden sustituír su criterio i su voluntad á los de un pueblo están enfermos de soberbia i acaban por enfermarse de codicia.

Ha habido, por otra parte, guerras civiles en la América española que no han sido estériles ni vergonzosas. La revolución llamada en Méjico de *la Reforma*, la que produjo las leyes que llevan ese apellido, la que acaudilló el inmortal Benito Juárez, ni un ápice menos grande que Bolívar, es una de las más gloriosas epopeyas del mundo. Cuando se necesite una guerra semejante, no hai que asustarse de la guerra. No somos de los que opinan con cierto famoso mariscal alemán que la guerra es, por lo común, moralmente higiénica; pero tampoco somos de los que en todo caso la miran con espanto. Con la guerra estaríamos dispuestos á plantear sólidamente el cristianismo; con ella á depurar la sociedad de sus actuales vicios esenciales; con ella á acabar con la opulencia de los unos i la miseria de los otros; con ella á imponer á los soberbios la humildad i á los codiciosos la largueza; con ella á hacer flamear de nuevo sobre el mundo estandartes en que se lea la divisa radiosa: libertad, igualdad. fratenidad, justicia para todos los hombres. Hai ideales que merecen i suelen necesitar el sacrificio de la vida: hai casos en que los hombres ó los pueblos no llegan á *la redención* sino con el costado abierto i con la espina del martirio sobre las sienes. No rompamas las espadas.

ANTONIO ZAMBRANA

## LA PRENSA

"...La prensa es i tiene que ser indefectiblemente demoledora. No es, como se dice, oficio de decentes, de los fatigados i mucho menos de las gentes desprovistas de todo género de talento, el de batir por sus cimientos los castillos del enemigo, como deben hacerlo los buenos periodistas, incansables atletas de redentoras ideas. La prensa debe ser turbión descomunal que lo revuelva todo hasta las heces para purificar la sociedad, ó himenóptero incansable para destruír i edificar. Si á su empuje no se derrumban todas las tiranías, todas las imposiciones de la fuerza contra el derecho i la verdad, sus trabajos son ésteriles i perjudiciales.

.....

SIMÓN CHAUX

# Germinal

## La eterna esclavitud

Si el derecho á la libertad pudiera ser discutible, valdría la pena preguntar hoi si merecemos constituìr un estado independiente..

No hai ni hubo nunca en el Perú los elementos morales que son necesarios para formar una nacionalidad vigorosa, respetable, digna de admiraciòn. Lo primero que se advierte en nuestra historia es la carencia absoluta de hombres suficientemente preparados para dirigir el desenvolvimiento de la nación. En la interminable caravana de presidentes i dictadores que hemos visto desfilar por las alturas del poder, no se destaca una sola personalidad i mucho menos un carácter ó un reformador. Así se explica que después de 85 años de vida republicana, seamos en el fondo i en la forma la miserable colonia de esclavos que fundó Pizarro. Vivimos hoi tan cerca de España, que si los hombres de 1821 resucitaran, sentirían la necesidad, como la sintieron entonces, de acometer la empresa de nuestra emancipación.

I no se atribuya á pesimismo lo que acabamos de decir: basta fijarse en el estado moral del Perú para reconocer la justicia de nuestra observación. ¿Vemos en nuestros días algo mejor que el abatimiento i la pequeñez contemplados por los libertadores? ¿Dónde el progreso efectivo de la república? En vano hablamos de riquezas materiales, de comercio, de industrias: el espíritu de la colectividad es el mismo, i hasta se podría afirmar que en cierto orden de cosas se ha amenguado. A la turbulencia desatentada pero varonil de los primeros tiempos, ha sucedido la conformidad estrecha i cobarde en que vegetamos ahora.

Pero en nada se hace tan tangible la inalterabilidad de nuestra existencia como en lo que atañe á la condición de la raza indígena i de la enseñanza pública. Para los dos ó tres millones de indios que habitan en el Perú, la independencia entraña una mentira. I son ellos la matriz de nuestra nacionalidad, los que constituyen i dan visos de estado á nuestra patria. Si suprimiéramos á la raza aborígen careceríamos hasta del derecho de vivir. I allí están esos infelices sujetos á todas las brutalidades del coloniaje, sin ninguna excepción. Más aún: la república representa para el indio el establecimiento de un tributo horrible: el tributo de sangre. Son indígenas los que se despedazan en nuestras luchas civiles i los que sucumben en nuestras guerras internacionales. Si para el indio no existe ninguno de los goces de la independencia ¿qué valor tiene la obra de San Martìn i Bolívar? Tanto significa llamarnos súbditos como ciudadanos, si las tres cuartas partes de nuestra población permanece en la esclavitud.

Lo mismo puede decirse de la educación pública. La ignorancia i los vicios que contemplaron los hombres de 1821 son los que vemos hoi. Constituímos una muchedumbre de analfabetos, un almácigo de seres inconscientes, sin carácter ni moralidad. La república no se diferencia un ápice del coloniaje en lo que atañe á saber i virtud, i quién sabe si algunas veces nos inclinamos á creer que bajo la tiranìa de los virreyes hubo espíritus superiores i no llegó la corrupción á tanta altura como en el régimen despótico de los presidentes. Si no se desea confundir la cultura intelectual con la charlatanería, es necesario reconocer que la república no ha dado un hombre comparable á Unánue; i si en materia de inmoralidad cabe alguna gradación, hai que convenir en que media diferencia entre las especulaciones de los conquistadores i las raterías de nuestros mandatarios. Aquellos robaron sin descender á las miserias ni á la asquerosidad de sus sucesores.

Si quisiéramos hacer sombrío el estudio de nuestra historia desde la independencia hasta la fecha, hablaríamos de la libertad. Nada hai más triste que nuestra esclavitud política en los 85 años que tenemos de vida republicana. ¿Cuál es el derecho definitivamente afianzado en el Perú? Si escribimos con libertad, nos exponemos á ser enjuiciados como malhechores, á sufrir vejámenes ó á presenciar el saqueo de nuestros talleres tipográficos. Si pretendemos elegir á nuestros mandatarios, somos tundidos i abaleados en las plazuelas. Si queremos celebrar un comicio, tras de nosotros se levanta la mano de la autoridad, lista para cogernos del cuello i conducirnos violentamente á la prisión. Si nos rebelamos contra las mentiras i supercherías religiosas, se nos lanza un anatema, i el poder público, convertido en sayón de la curia, nos castiga irremisiblemente.

En tales condiciones, i sin renegar nunca de la independencia, no es el radicalismo el que siente intensa truición cuando se conmemora el *28 de Julio*. En medio de la grandeza que esa fecha simboliza, nuestro espíritu se sobrecoje de pena al comprender que no hemos avanzado una línea desde entonces hasta ahora. Para los que no atribuímos importancia á las palabras sino á los hechos, el *28 de Julio* marcaría el principio de una era de felicidad, si los hombres de ayer hubieran tenido el concepto de su misión i la suficiente honradez de propósitos para ensanchar la obra de San Martín i Bolívar. La emancipación territorial puede valer mucho; pero sin el goce amplio i completo de la libertad resulta un engaño. Hoi mismo, á pesar de las vergüenzas no mui remotas que nos obligan á bajar la frente en el día de la patria, nos consideraríamos obligados á expandir nuestro corazón si vislumbráramos la aurora de mejores dìas. Por desgracia, sólo divisamos la perpetuación del autoritarismo, la eterna esclavitud moral de nuestra patria.

I nada más fácil que encaminar á este país por el sendero de la felicidad. No hai en el Perú ningún obstáculo de carácter invencible: la raza se presta á toda modificación saludable i hai en el suelo riqueza bastante para hacer frente al desarrollo de la nacionalidad. Lo único que nos cierra el paso, lo único que dificulta nuestro desenvolvimiento es la pequeñez de los mandatarios: ni aman el bien ni se resignan á reconocer que sólo son grandes los pueblos en que imperan la libertad i la educación.

# Gacetilla

*Lima, 24 de julio de 1905*

Excmo. señor doctor don José Pardo,
Presidente de la República.
Ciudad

Excmo. señor:

Aunque soy el hombre más curioso de la tierra, no *me muevo* por conocer el *mensaje* antes de que V. E. lo lea en el Congreso. I es que lo presiento, i hasta podría decir, palabra más, palabra menos, todo lo que V. E. ha consignado en su alocución á las Cámaras Legislativas.

V. E, como todos sus antecesores, ha de creer que en el *mensaje* se puede faltar á la verdad desde el principio hasta el fin. Cuando V. E, diga *Honorables Representantes*, el primero en sonreírse ha de ser V. E, porque V. E, sabe que muchos de esos hombres—talvez las cuatro quintas del Congreso—no son honorables ni representantes. Lo mismo tiene que suceder cuando V. E. hable de las *relaciones amistosas* que ligan al Perú con todos los países de ambos mundos. Cierto es que no andamos á tiros con nuestros *hermanos* de América ni nos amenaza una intervención europea; pero nadie puede negar que vivimos en continua zozobra por las maquinaciones de Chile, la duplicidad de Bolivia, la falta de rectitud del Ecuador, el resentimiento de Colombia i la codicia de algunos *judíos* de Francia, Inglaterra, Estados Unidos i Alemania.

Si el *mensaje* de V. E, no será un modelo de verdad en lo que se refiere al régimen exterior de la república, ha de merecer, sin duda, el calificativo de inescrupuloso en lo que atañe á nuestra condición interna.

La inalterabilidad del orden, porque "el país está cansado de luchas estériles "i depresivas," tiene que ser uno de los *grandes* tópicos del mensaje. Sin ditirambos á la abyección con que soporta el pueblo el escarnio de sus derechos, no se concibe discurso presidencial. En buena cuenta, esto es lo único que pueden enaltecer nuestros mandatarios, pues constituye la labor por excelencia del oficialismo. Cuanto màs inertes i más empequeñecidos vivan los ciudadanos, mayores alabanzas merecerá el orden público.

Pero nada será comparable al énfasis con que disertará V. E. sobre el desarrollo económico de la nación. Talvez no incurra V. E. en la necedad de endilgarnos, á lo Romaña, un centón de números i càlculos; pero, á semejanza de todos los *economistas* que han regido los destinos de la patria, ensalzará el incremento de las entradas fiscales, no porque haya aumentado la riqueza de la colectividad, sino porque se ha convertido en materia imposible hasta la vida de los ciudadanos. I V. E. es mui fuerte en esta clase de *economía*: para V. E, ante las necesidades del estado no existen derechos, ni siquiera el de no morirse de hambre. En lo que también seguirá V, E. el ejemplo de los que le han antecedido en el manejo de los fondos públicos, es en silenciar todo lo referente al cumplimiento de la lei de presupuesto. V. E. no se atreverà á decir si los únicos gastos de su administración son los autorizados por el Congreso, ó si ha invertido discrecionalmente en cosas superfluas las entradas fiscales. V. E, como sus predecesores, pensará en que á los contribuyentes les basta saber que el gobierno cumple con pagar las listas activas i pasivas i nada más.

Después de estas i otras cosas por el estilo, que bien pudiera V. E. ahorrarse el trabajo de escribir i evitarnos el disgusto de leer, dedicará V. E. enormes períodos á la libertad de imprenta. Como V. E. tiene trastornado el juicio por la oposición, es seguro que hará notar la conveniencia de expedir la lei draconiana del ministro Eguiguren. V. E. necesita aniquilar á sus censores; quedarse libre de los importunos que le atisban i censuran sus yerros. V. E., como el potro de la fábula, desea correr á rienda suelta, sin gobierno, aunque se estrelle. ¡Cómo ha de simpatizar ni convenir V. E. con la libertad del periodismo! Niño engreído desde la cuna, V. E. se creerá indudablemente el arquetipo de la sabiduría, un verdadero *providencial*. Nada de lo que hace V. E. merecerá, en su concepto, la más ligera corrección: todo es digno de eterna loa. I yo no motejo á V. E. por este modo de ser: desde que así lo crearon, es una segunda naturaleza la que se expande en el orgullo i la vanidad de su carácter. Del mismo modo que á muchos se les educa para càndidos, á V. E. se le formó para no admitir contradicciones, i como en todo ha sido feliz, hasta en la ascención al poder, es lógico que se considere mui por encima de la censura, i de aquí la mala voluntad que profesa á los periódicos de oposición i el deseo de clavarles mordaza.

Lo que nos arrancará gritos de admiración es el párrafo en que V.E. relate sus excursiones al Cerro i á los departamentos del Sur. Allí corroborará V. E. todo lo que dijo el corresponsal de *El Comercio*, desde el baile de las pallas en Matucana hasta los besuqueos de las mujeres en Arequipa. I es lástima que no sea lícito *ilustrar* el mensaje con fotograbados, pues si lo fuera, V. E. nos brindaría la oportunidad de verle por la centésima vez con el sombrero de panza de burro en la mano repartiendo saludos, con la gorra de marino en la cubierta del yate, con botas, con botines, con pantalones, sin pantalones, á pié, á caballo, en tren, en diligencia, bajo palio i revolviendo papeles en las oficinas públicas.

Tierno, ternísimo se mostrará V, E. en esta parte del mensaje; pero no emitirá un concepto, uno solo, que dé á conocer la utilidad del traqueteo en que ha vivido V. E. en los últimos meses. I no es este un prejuicio: es una deducción enteramente lógica. El mandatario que lanza una proclama de despedida como la de Mollendo después de haber visto dolores i miserias en tres departamentos, carece de sensatez i de elevación de miras. No fué V. E. al Sur á presenciar el éxodo de los pueblos, aldeas i villorríos que deseaban conocer al primer mandatario de la república para adquirir el convencimiento de que era de carne i hueso como cualquier hombre. Tampoco fué V. E. á darse el lujo de caminar entre flores, camaretazos i viandas. V.E. fué, según dijeron sus áulicos, á estudiar necesidades, i si éste hubiera sido en realidad el objeto de su viaje, la proclama debió versar sobre los medios que pondría en práctica para satisfacer tales necesidades.

¿De qué otra cosa hablará V. E. en el mensaje? No es difícil suponerlo. Esos documentos tienen una misma matriz hace 40 ó 50 años: todos son iguales, se basan en idéntica vulgaridad, tanto en la forma como en el fondo. Si algùn día ocupo el palacio de los virreyes, no me devanaré los sesos en la confección del mensaje: cogeré cualquiera de los leídos por los señores Cáceres, Morales Bermúdez, Piérola ó Romaña, le cambiaré la fecha i la firma, i ¡zás! iré al congreso á pronunciarle, con la seguridad de que nadie advertirá el plagio.

***

La campaña sostenida por VE. para que los señores Irigoyen y Miró Quesada ocupen las presidencias de las Cámaras, ha concluído por ahondar el desprestigio de VE. No sé si en el parlamento hay hombres dignos de consideración; pero lo que sì me atrevo á sostener es que los señores Irigoyen y Miró Quesada no tienen derecho á encaramarse sobre los demás.

Me abstengo de analizar la historia i el carácter de los candidatos de VE: la nación entera les conoce á fondo, así es que no vendría al caso repetir lo que nadie ignora. Lo que si debo escudriñar es el móvil de la conducta de VE. ¿Por qué desea encumbrarlos? Sin darla de listo puedo afirmar que el propòsito de VE. es tener al frente del Congreso á hombres que reciban y cumplan sus consignas. De semejante modo, Excmo. señor, no se hace patria: así lo que se genera es el envilecimiento de las Cámaras. Por lo mismo que se ha organizado un *claque* sin criterio ni pundonor, lo conveniente era hacerlo dirigir por ciudadanos que fuesen capaces alguna vez de rebelarse contra las imposiciones del Ejecutivo. Si el congreso se limita á simbolizar la prolongación del tubo digestivo del Gobierno, porque de presidente ó paje todos son comedines del mandatario supremo, preferible sería suprimirle. Ante la necesidad de ahorrar vergüenzas i oprobios á la nación, hasta los legicidios parecen tolerables.

Para VE. personalmente tampoco resulta honroso tener á la cabeza de las Cámaras á hombres sin prestigio. El lustre de una administración lo forma la grandeza del conjunto: que haya uno que otro punto negro, nada importa si lo blanco prevalece; pero si todo es lobreguez, ya supondrá VE. cómo juzgarán á la nación los que la examinen de lejos y de cerca. Y en este juicio la primera víctima es VE., porque un mandatario que se respeta, se rodea de hombres de mérito, que le den y no le quiten.

Ahora miramos este asunto con prescindencia de todo sentimiento personalista, hay que convenir en que no es político ni desdoroso abrir campaña para obsequiar las presidencias del Congreso á este ó á aquel partidario. No es político porque VE. divide á sus prosélitos y se resta elementos. Nada encoleriza tanto á un hombre como ser contrariado en su ambición. I por lo que atañe al decoro ¿cómo va á creer VE. que es digno humillar á sus amigos hasta el extremo de desconocerles el derecho de elegir un armatoste presidencial? VE. por pura vanidad, exhibe á sus partidarios en la condición más oprobiosa: son domésticos á quienes se les reglamenta desde el vestido hasta la comida; i me parece que no procedería así un gobernante que estimara su reputación. ¿Qué honra es para VE. ni para nadie mandar un puñado de siervos? Se concibe el orgullo de Mr. Rossevelt porque está sobre una multitud de hombres, pero ¿qué orgullo cabe en un reizudo de Africa que asienta su pie en el cráneo de una turba de séres inferiores?

Mucha falta le hace á VE. un buen consejero, mejor dicho, un amigo á quien escuchara i respetara VE. I digo amigo á secas, sin ningún aditamento, porque yo no concibo la amistad sino desinteresada i de carácter. Es amigo mío el que nada espera de mí i el que tiene, por lo tanto, libertad suficiente para enrostrarme mis imperfecciones. VE., por lo que se ve, no tiene un amigo de esta especie, desde que desbarra con tantísima frecuencia i en cuestiones de simple buen sentido. ¿O es que VE. no acepta consejos? En tal caso VE. está perdido. Día puede llegar en que á VE. se le antoje proclamarse emperador, i como no hará caso de las advertencias de los que conocen los peligros del manto real en América, terminará VE. como Itúrbide ó como D. Pedro de Braganza.

***

Dígame V. E, ¿nada le hablan al corazón los acentos del himno nacional? ¿Todo se reducirá para V. E, al *tata chin, chin, chin*, de cornetas i platillos? No me atrevo ni á presumirlo siquiera, aún cuando conozco la superficialidad del carácter de V. E.

Por mi parte declaro que si fuera presidente, cada *tata chin, chin, chin*, me haría el efecto de una aparición de ultratumba. Vería levantarse de sus sepulturas á los hombres del año 21 en actitud de decirme: ¡Trabaja, haz patria! Tienes mucho por labrar. A tus ojos i al alcance de tus manos hai un mundo de reformas por acometer. Vives en plena tierra virgen, capaz de producir todos los frutos. Desmonta, desbroza, hiende el arado, echa la semilla i riega para que coseches todo lo que desees. Ama á tu país como el labriego ama á su campo, hasta el punto de creerle una parte de tu yó, de tu familia, de lo que más puedas querer en la vida. I ámale asì, no sólo por lo que te produce, sino porque estás obligado á perpetuar tu nombre, á fin de que los hijos de tus hijos al recordarte exclamen, como exclaman los mexicanos cuando hablan de Benito Juárez: fué el principio de nuestra felicidad. Esto es lo grande, lo que nosotros habríamos hecho en los albores de la vida independiente si hubiéramos tenido los elementos de que tú dispones.

Hazlo tù: completa nuestra obra; reflexiona en que, por no habernos escuchado tus antecesores, el Perú ha sufrido vergüenzas é ignominias que nos desgarran el alma.....

Esta significación tendría para mì, pobre gacetillero de *Germinal*, el *tata chin, chin, chin.* del himnio patrio si me viera en el caso de V. E; i si no le acordara tal significación, ordenaría que no le tocaran nunca en mi presencia i menos el *28* de *Julio*. Mi himno entonces sería un vals de Alva ó una resbaloza de Arciniega.

Escuche, pues, V. E. el próximo 28 la voz de nuestros libertadores, i al *tata chin, chin, chin*, responda V. E. con el *voto solemne* de enmendar los rumbos seguidos hasta hoi. Así sea.

De V. E. humilde servidor,

El gacetillero de *Germinal*

## SERMON PERDIDO.....

*Soñaba.....!*

Me detuve asombrado.

Miré á mi alrededor: la plaza estaba desierta, me hallaba solo. Apenas si el leve rumor de la brisa, al deslizarse jugueteando á través del escaso follaje de los jardines *ingleses*, turbaba el solemne silencio de esa noche autumnal que convidaba á la meditación i al reposo.

Bolìvar hablaba, se movía! La que supuse una estatua de impasible bronce, era la encarnación del héroe legendario, del vencedor en cien combates, del que al lado de San Martín, de Córdova i mil más, supo conquistar para nosotros patria i libertad!

Parecía señalar alternativamente un tétrico edificio de su izquierda, cerrado por oscuro murallón de convento, símbolo talvez de ignorancia i retroceso, i el palacio que se alzaba á su frente, sostenido el raquítico chapitel de su fachada por gruesas columnas de piedra, á la manera de un cráneo vacío descansando sobre un cuerpo robusto i musculoso.

Escuché. Llegó hasta mí el eco de su voz. Sus palabras parecían brotar con un reproche, saturadas de amargura i desaliento.

—Ah! vosotros—dijo—los que conmigo luchásteis por formar una patria i conquistar su libertad! Si os fuera dado ver, como á mí, el triste fin de vuestra obra!.....Pero no queráis, nó, que la suerte os depare el tantálico suplicio á que la *gratitud* de este pueblo me condena, manteniéndome aquí, sobre este pedestal de insensible piedra, para contemplar el triste desenvolvimiento de su historia, el interminable desfile de sus culpas.....

Yo he visto desde aquí esa procesión macabra, i he sufrido mucho, mucho, con dolor intenso que me laceraba el alma, hasta arrepentirme de mi propia obra! Porque nuestro sacrificio ha sido estéril, totalmente estéril, pues no logró sustraer estos pueblos á la herencia de un pasado vergonzoso que creímos sepultado para siempre en los campos de Junín i Ayacucho!

Pareció ensimismarse en su propio dolor, inclinando la cabeza i enmudeciendo por breves instantes.

—¡Què cuadro más desolador!—continuó, como volviendo en sí de un letargo.

I como si increpara su conducta á los reos de lesa patria:

¿Qué habéis hecho vosotros de la nacionalidad que os fué confiada? Ah! la que nació incólume en nuestros brazos á la vida de los pueblos libres, rompiendo la tiranía del cetro i la esclavitud del feudalismo, no ha llegado ¡mísera! á ser una repùblica, i es ya una meretriz que vende sus favores á la audacia, al dolo i la falsía!

¿Qué de la libertad?

De la libertad conserváis el nombre, como un cebo en vuestros carteles políticos! No son libres los hombres ni las ideas. ¿Lo serán los que siendo miembros del estado carecen de derecho de elegir sus gobernantes? ¿Acaso esos millares de indios analfabetos que gimen hasta hoi bajo el látigo del *gamonal* que ha reemplazado al *señor* del antiguo feudo?

¿Oué de la integridad del suelo que os conquistáramos?

Ahí está, yermas sus tierras, árido é improductivo en su mayor parte, cercenado en todas sus fronteras, desmembrado por el Sur.....

Qué de la honradez i la lealtad?

Vano sería buscar á los *ciudadanos* q' creímos posible educar en la escuela de la verdad i del bien para entregar á su cuidado este organismo social! Apenas heredado el patrimonio, convirtiéronse bien pronto en aves de rapiña para disputarse en el sangriento festín de las guerras civiles, los pedazos de su carne ya macerada i purulenta.....

Ah! los relapsos, los infames!—agregó con acento vibrante de indignación.—De orgía en orgìa, desdeñando el trabajo como oficio de plebeyos, fueron deslizándose por la pendiente del vicio, dejando á su paso los girones de la túnica que entregamos como un símbolo i que han convertido en sudario. ¡I pensar que acabaron por arrojar sobre el tapete, perdiéndola, su ya mermada hacienda que despertara la codicia del vecino!.....

Yo he visto desfilar esa procesión macabra i me he estremecido de ira i de vergüenza sobre este pedestal al que talvez rodeará bien pronto la ignominia que se desborda. Jóvenes i viejos iban declamando su amor á la civilización, al progreso, á la libertad, al bien....., ante la multitud ignara que les escuchaba absorta sin comprenderles. Ellos! los que llegan al ocaso en plena decadencia física i moral, atiborrada el alma de infamias i delitos, dejando un reinado de miserias que legan como herencia única á sus hijos. Ellos! los que todavía forman partidos que son facciones!..... ..... ..

Ah! si la juventud fuera una esperanza! ¡si no estuviera contaminada!.....Pero ¿qué valen unas pocas voces honradas enmedio á la grita destemplada de un enjambre de estómagos hambrientos? Ella también no ha podido huír del contagio, haciendo vacilar mi última esperanza de resurgimiento! I la he visto, la veo aún, arojarse al despeñadero olvidando las lecciones de un pasado bochornoso.

I es esa juventud ¡oh ironía! la que entregará à la podre los últimos miembros de este cuerpo aniquilado! La lozanía, la fuerza, se agostarán por la inacción i el vicio, hasta el apagamiento de las voluntades..... .No te lo perdonará la historia! Juventud! juventud! podrido fruto de este árbol carcomido que se derrumba!..... .....

.....

Desperté. Todavía resonaban en mi oído las palabras de Bolívar, su formidable acusación. Sobre mi escritorio, abierto aún, el libro de nuestra historia, mostraba á mis ojos la última proclama del libertador.....

En la calle, los granujas voceaban: "La Prensa" con la instalación del congreso!..... Recordé que celebrábamos el aniversario de la independencia nacional. I llegaban hasta mí los gritos de júbilo del pueblo, que solemnizaba alegremente la magna epopeya de la libertad del continente americano.

Quedeme sumido en un mar de reflexiones..... Recordé la corrupción de lo de arriba, la cobardía moral que maniata á los de abajo, la inconcebible ceguera de nuestro pueblo, su ignorancia del derecho..... su ignorancia fatal que lo conduce al suicidio.....

I la frase vibrante de Hugo resonó en mi oído: Ah! la ignorancia i la noche son dos lúgubres hermanas!".....

ALONSO QUIJANO.

## LA CAMPAÑA ELECTORAL

Al fin hemos visto finalizar la lucha eleccionaria departamental, que tan sobreexitados mantuvo los ánimos, causando no pocas desavenencias en el seno de la sociedad cuzqueña.

Al fin ha terminado con descaradas imposiciones, como en los tiempos más amargos de la soldadezca erigida en poder, llamada militarismo. Al fin ha terminado grabando en la sana conciencia del pueblo, la dolorosa convicción de que el bárbaro cautiverio de sus libertades, no ha cesado aún.

Estamos como al principio de la vida republicana de este desgraciado Perú.

Lo que hemos visto en el Cuzco, traspasa los limites de lo inaudito: el doctor Umeres fué el Senador electo por los pueblos i, sin embargo, no ha sido proclamado como tal; es decir, que á la luz del día, i á vista i paciencia de todos, se ha consumado con él el más incalificable de los atentados de esa soberanía.

No culpanos directamente, en el escándalo, á los estimables caballeros que componen la Junta Electoral Departamental, puesto que, en todo caso, no hicieron otra cosa que seguir las inspiraciones de entidades superiores á ellos.

¿Será entonces el doctor Pardo, el presidente de la República, á quien incumbe la responsabilidad directa del gran delito? Tampoco. Nuestra imparcialidad va hasta el extremo de conceptuarlo, personalmente, superior á esas miserias propias de los que tienen el alma avezada á cometer todo género de maldades; pero, no dejaremos de señalar al circulo que lo rodea, como el autor de esa desgracia verdaderamente nacional.

Si no directo culpable, el doctor Pardo, evidentemente es víctima de un error i de un error gravísimo; producto, á no dudarlo, de su condición de novel gobernante.

Hostigado por la oposición demócrata, ha creido, sin duda, siguiendo pérfidos consejos, que el único modo de concontrarrestarla, consistiría en la formación, á cualquier costa, de un círculo propio de gobierno de toda su confianza. Pero, al proceder así, ha olvidado que la única fuente de poder viene del pueblo, i que, con el acatamiento de la lei, las oposiciones sistematicas mueren abrumadas por el propio descrédito.

Lo sentimos por el doctor Pardo.

Hubiéramos querido verlo en la cúspide de la popularidad, gobernando con los representantes salidos del seno profundo i siempre sincero de los pueblos; gobernando con la nación, no con un círculo, aureolado de respeto, de consideración unánime por su acatamiento severo de la lei i de las libertades ciudadanas.

Ahora, por desgracia, está ya dado el golpe legicida que desprestigiará, inmensamente, su gobierno. Ojalá que ese desprestigio no se traduzca, más tarde, en un verdadero estallido de la cólera popular.

[De *El Sol*-Cuzco]

## DIOS

*A mis amigos S. G. y E. C.*

Dios, monstruo sin semejanza, fantasma creado allá en las prehistóricas edades por la ignorancia de los hombres, en momentos angustiosos, ha sido, es i será el azote más grande que la humanidad pacientemente ha consentido.

Dios, negaciòn de toda voluntad, abdicación de toda soberanía, muerte de toda rebelión, autor de todo lo detestable; Dios, el gran bandolero que mantiene latentes los dolores i las injusticias todas de esta tierra, amigo i aliado de estas dos sangrientas iniquidades sociales: Estado i capital; Dios, feo i malvado, cruel i criminal, que ha pervertido las conciencias i matado en los seres lo más sano i lo más bello, no tendrá salvación cuando las generaciones venideras lo sienten en el banquillo de los acusados para juzgar su obra.

Dios, que según la leyenda, mandó á su hijo á esta tierra á predicar ¡la resignación de los débiles, la mansedumbre de los pequeños!; Dios, que hace responsable á su propio hijito de las faltas del hombre i lo obliga autor de una doctrina decadente i antiestética; Dios, que le impone de suplicio la muerte en un árido monte, cubierto de negrísimos nubarrones, en un día triste, i hace temblar la tierra, i obscurecer el sol, i despedir el rayo, i tronchar los árboles en el momento de la suprema agonía, cuando todo debió sonreir, no es buen padre, ni buen hombre, ni buen artista.

Dios, iconoclasta, enemigo de toda innovación, que prohibe comer fruta del árbol de la ciencia, i no admite la lei indestructible de la evolución, ni la cohesión de la fuerza i la materia como principio i fin de los mundos orgánicos i superorgànicos, ni la atracción i gravitación de los cuerpos como natural armonía del universo, ni acepta el *bathy bius* como primordial manifestación de la materia viva, ni se sujeta al número i la medida; Dios, que crea los mundos de la nada, á su antojo, es mal geógrafo, peor científico, nulo en el conocimiento de la verdad i la filosofía i matemático despreciable.

Dios, que *adivina* i *ve* las grandes contradicciones, los absurdos disparatantes—al extremo de hacerle aparecer un cómico grotesco del Corán y de las vedas, de Confucio i de Lutero, del cristianismo, del paganismo i del israelismo, i hace perder el cerebro en laberínticas lucubraciones; Dios, que engendra al demonio para que luego nos tiente i tengamos que expiar el pecado eternamente, no le reconozco piedad, ni bondad, ni sabiduría.

Dios, que permite que en su nombre se

# La Irreligión del Porvenir

ESTUDIO SOCIOLOGICO

—DE—

M. GUYAU

[Continuación]

vistos por las religiones tienen el doble inconveniente: 1°, de ser interesados i de actuar sobre el individuo por las promesas ó amenazas relativas á la vida futura, sin desprenderse por completo de la preocupación del *yo*. 2° De producir cierta «apatía intelectual», i hasta una «desviación del sentido moral», por cuanto atribuyen á una perfección absoluta la creaciòn de un mundo tan inperfecto como el nuestro, i, en cierta medida, divinizan de esta manera el mismo mal: «No se podría adorar sinceramente semejante Dios, á menos que no se haya corrompido previamente el corazón.» La verdadera religión del porvenir, según Stuart Mill, será una moral elevada que sobrepase al utilitarismo egoista i nos lleve á perseguir el bien de la humanidad entera, el bien del conjunto de los seres. Esta concepción de una religión de la humanidad, á la que no faltan analogías con la de los positivistas, podrá, conciliarse, añade Stuart Mill, con la creencia en un poder divino, en un «principio del bien» presente en el universo. La fe en un Dios no es inmoral, más que suponièndole todopoderoso, pues así arroja sobre el la responsabilidad del mal. Dios no puede existir más que acondición de ser en parte impotente, de encontrar en la Naturaleza obstáculos que le eviten, lo mismo que á la humanidad, hacer todo el bien que él querría. Una vez concebido Dios de esta manera, el deber se podría formular así: "ayuda á Dios"; trabaja con él para el bien; préstale "el concurso que necesita, puesto que no es omnipotente"; trabaja también con todos los grandes hombres, con los Sócrates, Moisés, Marco Aurelio, Washington; haz, como ellos, todo lo que puedas i nada más que lo que debas. Esta colaboración desinteresada de todos los hombres entre sí, i con el "principio del bien", de cualquier modo, por otra parte, que se figure i se personifique dicho principio, será para Stuart Mill la religión suprema. Esto, como se ve, no es más que una moral engrandecida i consagrada en la lei universal del mundo. ¿Qué es lo que nosotros llamamos divino, sino lo que hai de mejor en nosotros? "Dios es bueno", ha escrito Feuerbach, "significa: la bondad es divina; Dios es justo, significa: la justicia es divina." En lugar de decir hai dolores divinos, muertes divinas, etc., se ha dicho: Dios ha sufrido; Dios ha muerto; "Dios es el espíritu humano divinizado (1)."

Una tesis análoga se ha sostenido con brillantez en un libro que tuvo gran resonancia en Inglaterra, *La literatura i el dogma*, de Matthew Arnold. Pónese de acuerdo con todos los críticos de las religiones, para confirmar el estado de tensión, siempre creciente, á que ha llegado en nuestros días el conflicto entre la ciencia i el dogma. "Una revolución inevitable va á conmoverla religión en que hemos sido educados: nosotros reconocemos todas las señales que la anuncian." J. M. Arnold tiene razón. Jamás, en época alguna. el partido de la incredulidad ha parecido que tenía más razones su favor. Los argumentos antiguos contra la providencia, los milagros i las causas finales, con los cuales convencieron los Epicúreos tantos espíritus, no son nada con los argumentos provistos en nuestros días por los Laplace, por los Lamatck i últimamente por Darwin; el "hombre que ha hecho pedazos el milagro", según la frase de Strauss. Uno de los profetas sagrados que más gusta citar á M. Arnold, dijo: "Un tiempo llegará en que vendrá sobre la tierra el hambre, no el hambre del pan ni la sed del agua, sino el hambre i la sed de escuchar las palabras del Eterno. Los hombres correrán de un mar al otro, del Norte al Oriente, para buscar la palabra del Eterno, mas ellos no la encontrarán." M. Arnol podría reconocer en nuestra época los tiempos predichos por el profeta, puesto que se puede decir con verdad, que la "palabra del Eterno" falta ya ó va á faltar mui pronto. Un espíritu nuevo anima nuestra generación. No

[1] M. Seeley, en su obra titulada *Natural Religión* [1882], se esfuerza asímismo por establecer que. de los tres elementos que pueden proveer una idea religiosa: el amor á la verdad ó á la ciencia, el sentimiento de lo bello o el arte, la noción del deber ó la moral, sólo el tercero es el que puede conciliarse hoi día con el cristianismo.

erijan religiones en dogmas infalibles, i sostiene iglesias llenas de falsedades, rebosantes de mentiras, preñadas de latrocinios i de infamias; religiones é iglesias que prostituyen en el confesonario, que castran en el colegio, que pervierten y aniquilan en todas partes; iglesias i religiones que hacen eunucos i célibes, degenerados é hipócritas, que no dicen á los seres amen, creen; que no glorifica la voluptuosidad infinita de la posesión de la mujer, el goce de los goces, el placer de la unión fecunda de dos cuerpos electrizados; que no alegra i convida á vivir i maldice al que bebe en los labios, en los pechos de la hermosa que apetece el elixir de amor, que no ríe de contento al contemplar en la espesura de los bosques floridos el priápico refocilamiento de las bestias y desoye del pájaro sus trinos, del manso arroyo sus supiros i del mar sus canciones, Dios así no es justo, ni amante, ni todopoderoso, ni nada.

Dios, juez omnipotente que lleva la humanidad al caos, que santifica la guerra i la venganza, i bajo su escudo i protección, i á su amparo, se han matado i seguirán matando todos los mártires del derecho i de la libertad, es el mayor tirano.

Dios que no existe; que si existe, es en la mente desgraciada de algun desequilibrado ó en las ignotas multitudes ávidas de saber; Dios, que ha convertido en valle de lágrimas lo que debía ser la tierra prometida, i hecho de la humana especie un rebaño de esclavos i de brutos, hai que darle un puntapié é incluirlo entre los trastos inútiles, en los muebles inservibles, si no queremos dejar de ser hombres para ser una *cosa*.

Dios es la negación, el mal. De Dios ni el nombre.

FEDERICO INIESCAS.

# LA CIUDAD ROSADA

### LA OSTENTACIÓN I EL HAMBRE EN LA INDIA

..... Entre tannto los cocodrilos del rei van i van á tomar su alimento al fondo de los jardines cercados.

Es todo un mundo ese palacio del rei con sus interminables dependencias, sus cuadras de caballos i elefantes. ¡Cuántas puertas ogivales de hojas erizadas de hierro, cuántos patios enormes, circundados de edificios austeros con sus ventanas enrejadas, hai que atravesar para llegar al lago artificial en que habitan los cocodrilos! En esos patios hai en este día enorme concurrencia: es el día en que se paga á los soldados i allí esperan éstos con aspecto salvaje algunos i otros soberbios, llevando sus lanzas ó sus estandartes. Se les paga en pesadas monedas de otros tiempos, monedas redondas de plata ó cuadradas de bronce.

En una sala de mármol con columnas i arcos cincelados, está extendido en un telar gigantesco, un manto de terciopelo púrpura i diez bordadores se ocupan en cubrirlo de flores de oro en alto relieve: es un traje nuevo para uno de los elefantes favoritos.

Los jardines, á fuerza de riegos i cuidados, se conservan todavía verdes i sorprendentes, como una oasis en medio de este país abrasado. Son vastos como parques i exquisitamente tristes entre sus mur s almenados de cincuenta pies de alto; hai avenidas rectas á la moda antigua i pavimentos de mármol; hai cipreses, palmeras, muchos rosales i pequeños bosques de naranjos que perfuman el aire; por todas partes sillones de mármol que convidan á descansar en la sombra, kioskos de mármol para las danzas de la bayaderas i estanques de mármol para bañarse. También hai pavos reales, monos, i bajo los naranjos se alcanza á ver los hocicos de los chacales en merodeo.

Por fin se llega al gran estanque, bien rodeado de terribles murallas i á medio secar por la falta de lluvias. Allí en el fango semejando rocas, dormitan los enormes cocodrilos centenarios; llega un viejo, su conocido, i se pone á cantar en las gradas de la escalera que baja al estanque: canta con voz clara de muezzin i al mismo tiempo con los brazos hace grandes gestos para llamar. Despiertan entonces los cocodrilos, lentos i perezosos al principio, pero después espantosos pe rapidez i agilidad, se acercan precipitadamente, nadando á la par de grandes tortugas que han oído la llamada i también quieren comer. Todos se colocan en círculo al pié de la escalera que ocupa el anciano, á quien asisten dos servidores que han traído enormes canastos de carne. Se abren todas esas bocas viscosas i lívidas. listas á engullír los cuartos de cabritos, los gigotes i las entrañas que se les arroja.

***

En las calles, nadie llama con cantos de muezzin á los pobres hambrientos para darles un bocado. Los recién llegados, vagan todavìa, extienden la mano i se golpean el vientre si alguien los mira; los otros, los que ya han perdido la esperanza de que se les socorra, yacen en cualquier parte, bajo los pies de los transeuntes i de los caballos.

En el cruzamiento de dos avenidas de palacios i templos rosados, en uno de los lugares más concurridos por los vendedores, por los ginetes, por las mujeres cubiertas de muselinas i brazaletes de oro, un extranjero que iba en su carruaje se detiene cerca de un grupo siniestro de descarnados que ya no se mueven i se inclina para poner algunas monedas en sus manos inertes. Aquello fué como la resurrección de toda una tribu de momias; de encima de los harapos se levantan las cabezas, los ojos se abren i los esqueletos se paran: «¡Cómo! Alguien distribuye limosnas! ¡Van á poder comprar comida!» Se propaga la noticia i despiertan también de improviso los que yacían en otros grupos, un poco màs lejos, entre las pilas de gènero i cerca de los hornos de los pasteleros. Todo aquello bulle i se adelanta; máscaras de cadáveres, cuyos labios contraídos dejan los dientes al descubierto, ojos hundidos i párpados comidos por las moscas, tetillas que cuelgan como bolsas vacías sobre los círculos del torax, osamentas que al chocar suenan como pedazos de madera. En un instante, el extranjero se ve rodeado de una turba horrorosa, que lo oprime, lo rasguña con las manos terrosas i de uñas largas que quiere arrebatarle el dinero. mien tras que con los ojos piden perdón, agradecen i suplican.....

Uno de los espectros, que vacila de debilidad, tiene que agarrarse de otro que está á su lado; éste pierde el equilibrio á su vez i todas van callendo sin un grito, sin resistencia. todos los aniquilados se agarran fuertemente, los unos á los otros, i caen juntos como sucede cuando se derriban las quillas: luego ruedan en el polvo para no levantarse más.....

En ese instante se acerca la música i se percibe un nuevo murmullo del gentío: es un séqùito religioso que anuncia, para el dìa siguiente, una solemnidad en los templos de Brahma. Uno de los guardianes encargados de despejar la calle, empuña á una anciana hambrienta que, al caer con los brazos extendidos i el rostro en el polvo ha traspasado la línea, i la arroja sobre la tierra, magullada i quejumbrosa.

Ahora pasa la bella comitiva. Abre la marcha un elefante negro con la trompa enteramente dorada; después siguen los músicos con paso de procesión, tocando con dulzainas i cobres, un cauto lúgubre en tono menor.

Luego vienen cuatro elefantes grises, montados por efebos vestidos de dioses i con altas tiaras de perlas. los cuales van lanzando en el trayecto polvos de colores i perfumados. Son tan finos los pol os, que parecen que lanzaran nubecillas; los elefantes que lo reciben de mui cerca. se colorean de una manera estravagante: uno de violeta, otro amarillo, otro de verde i el otro de rojo. Lanzan á puñados los efebos sonrientes, i la muchedumbre se colora á su fantasía, los trajes, los turbantes i los rostros. Algunos niños agonizantes que miran desde abajo, echados sobre la espalda, reciben en los ojos una carga de polvo rojo, perfumado con sándalo: el ademán de sus manos débiles ha sido demasiado lento para preservarlo.

***

Es la hora del crepúsculo: el camafeo rosa de ramos blancos empieza á palidecer bajo un cielo de color gris violado, i tonsaturado de polvo, que la luna plateada parece descolorida. Los torbellinos de aves negras descienden juntos para dormir; en las cornisas de los palacios rosados, palomas i cuervos se colocan en fila, formando así largos cordones obscuros. Pero todavía se ciernen en el aire algunas águilas i buitres. Los monos que habitan sobre las casas, se persiguen, ajitados, á la hora de recojerse: sus pequeñas siluetas estrañas recorren los techos.

Abajo las calles se despueblan, pues en las ciudades orientales no se conoce la vida nocturna.

Una tigre doméstica, bien matenida, con el gorrito de lado i que va á entrar al palacio para recogerse, está sentada sobre sus patas traseras, en una esquina de la calle, entre sus servidores que también se han sentado, inclusive el que le sujeta siempre por la cola. Sus ojos enigmáticos, de un verde pálido, se fijan en un grupo de niños hambrientos que hipean á dos pasos de ella.

Los vendedores se apresuran á doblar sus géneros multicolores i á guardar en canastos sus cobres, sus balanzas i sus jarrones. A medida que los mercaderes se retiran á sus domicilios, se descubren poco á poco los grupos de agonizantes que yacian entre sus alegres mercancías.

Los moribundos van á quedar solos, durante la noche van á ser dueños de la calle. El vacío que se hace á su alrededor los revela más numerosos. Pronto no se verá sus formas espectrales i sus andrajos esparcidos por el suelo.

Fuera de los muros, en la c mpiña desolada, todos los árboles sin vida se pueblan prodigiosamente en esta hora crepuscular. Las águilas, los buitres ó los magníficos pavos reales, se agrupan por familia formando densidades entre las ramas ligeras que ya no tienen hojas; sus gritos se apaciguan poco á poco i concluyen en llamadas in er nitentes cada vez más espaciadas. Las voces gemebundas de los pavos son las que se persisten por más tiempo, i mui pronto les contestan los lúgubres chacales.

***

Son las diez: es tarde para esta ciudad en que todo se paraliza con la puesta del sol. En los alrededores hai un silencio profundo i á lo lejos, la densidad del polvo hace el efecto de una neblina. Sobre el suelo polvoriento, sobre los arboles muertos, sobre los cactus cubiertos de cenizas, cae la blanca luz de la luna: con la súbita frescura de la noche, aquello da la ilusión de la nieve i el invierno. Va á hacer frio para los pequeños moribundos que roncan desnudos en el pavimento.

Dentro de los muros reina el mismo silencio que afuera. Aparte de los cantos del clero, que se oyen en los templos brahmánicos, no se oye nada.

Por las altas escaleras de esos templos custodiados por elefantes de piedra, suben i bajan los últimos grupos vestidos de blanco, las calles largas i rectas parecen más inmensas i más anchas con la ausencia de transeuntes i comitivas. En la calma nocturna de la ciudad rosada, rosada aun bajo los rayos lunares, parece que se ensacharan las decoraciones de sus palacios i de sus miradores dentados.

En cambio, en la calzada, al lado de las pilas de sacos de granos almacenados, por temor al hambre i vigilados por guardianes armados de palos están siempre los montones negruzcos, los grupos de ssqueletos, jadeantes bajo sus arapos. De trecho en trecho se ven pequeños nichos, que durante el día desaparecen entre la multitud; cada uno de ellos guarece á un dios; al horrible Ganeshi con cabeza de elefante ó bien á Shiva, príncipe de la muerte.

Son casi informes é indefinibles, aquellos montones cubiertos de harapos que forman manchas negras, en el gris-rosa de la ciudad encarnada; pero de vez en cuando sale de entre ellos una tos, un jemido ó un ronquido; á veces se levantan i ajitan huesos de brazos que sacuden febrilmente sus andrajos, ó bien son huesos de piernas, unidos por una gran rótula caliente.... Para los que están en el suelo, nada importa el bullicio del día ó la tranquilidad de la noche, puesto que nadie tendrá compasión de ellos; puesto que se ven obligados á permanecer donde la debilidad los ha hecho caer i esperar allí la última crispatura que pondrá fin á todo.

PIERRE LOTI.


## GERMINAL

**ORGANO DEL PARTIDO RADICAL**

**(UNION NACIONAL)**

**Economía del periódico**

**Se publica todos los sábados.**

**Suscripción mensual.....40 cts.**
**Número suelto.....10 „**

**La administración funciona diariamente en la calle de Belén número 1.022, de 8 á 11 a. m. i de 1 á 5 p. m.**

**Los canges de Lima i el Callao deben enviarse al local de la Administración. Los de provincias, á la casilla del Correo núm. 277.**

**Toda correspondencia se dirigirá á la Administracion de Germinal, casilla No. 277.**

**Las personas que deseen suscribirse á GERMINAL, lo avisarán al Administrador.**

**GERMINAL no admite avisos ni comunicados.**

**Imp. EL PROGRESO—Callao.**


solamente se duda de "el Eterno" haya hablado ó hable jamás al hombre, sino que muchos no creen en otra eternidad que la de la Naturaleza muda é indiferente, que no revela su secreto á menos que se le arrebate. Hai aún, hoi día, algunos fieles servidores en la casa del Señor, pero el dueño parece haber huìdo á los países lejanos del pasado, de donde sólo nos llega el recuerdo. En los antiguos dominios señoriales de Rusia, hai una gran plancha de hierro en la muralla, i cuando á la vuelta de sus viajes pasa el señor en ellos la primera noche, un sirviente golpea dicha plancha i la hace resonar, para advertir la vigilancia i la presencia del señor. ¿Quién hará vibrar de igual modo la voz de la campana. para anunciar la vuelta á su templo de Dios vivo, i la vigilancia desierta de todos los fieles? En nuestros días el tañido de las campanas es triste como una llamada en el vacìo: es el sonido de la casa de Dios desierta, el toque fùnebre por las creencias que se mueren. ¿Cómo hacer para que entre Dios en el corazón del hombre? No hai más que un medio: hacerlo el símbolo de la moralidad, que vive siempre en el corazón del hombre. Aquí es donde M. Arnold se detiene, pero no se contenta con la moralidad puramente filosófica; él espera conrervar la religión, i sobre todo, la religión del cristianismo. Para esto propone un nuevo método de interpretación, el método "*literario*" i estético, que busca en los textos únicamente lo que hai de más bello i mejor moralmente, diciéndose que es posible se encuentre allí lo que hai de más verdadero. Él procura reconstituír las nociones primitivas del cristianismo, en lo que tienen de vagas, de indecisas i al mismo tiempo de profundas, para oponerlas al sentido preciso i grosero en que las ha tomado la inocencia popular. Tratándose de metafísica ó de religión, nada más absurdo que el querer precisar demasiado, pues cierto género de verdades no se encierran en una palabra. Es necesario, por tanto, que la palabra, en lugar de definirnos alguna cosa, no sea más que un medio de recordarnos su infinidad. De igual modo que la verdad sobrepasa las palabras, sobrepasa las personalidades ó las figuras bajo las que la humanidad se la ha representado. Cuando se concibe una idea con mucha intensidad, tiende á tomar rasgos determinados, un rostro i hasta una voz; nuestros oídos creen escuchar i nuestros ojos creen ver aquello que siente nuestro espíritu. Decìa Goethe: "El hombre no sabrá jamás lo antroporfista que es." ¿Què tiene de sorprendente que la humanidad haya concluído por personificar aquello que la ha conmovido en todos los tiempos: la idea del bien i la justicia? El Eterno, el Eterno justo, el Todopoderoso que pone de acuerdo la realidad con la justicia; el gran distribuidor del bien i del mal; el gran sér que pesa todas las acciones, que todo lo hace con número i medida, ó mejor aún, que es el mismo el número i la medida, este es el Dios del pueblo judìo: hé aquí el Jehová del judaísmo adulto, tal como concluyó de aparecer entre las ondas de lo desconocido En nuestros días se ha convertido en una simple noción moral que, imponiéndose con fuerza al espíritu, ha concluído por tomar una forma, por personificarse, por aliarse con una multitud de supersticiones que la "falsa ciencia de los teólogos" consideraba inseparables, i que una interpretación más delicada, menos *literal* i más "*literaria*" debe separar. Convertido Dios en lei moral, se podría ir más lejos aún, i decir que Cristo, que se inmola por salvar al mundo, es el símbolo moral del sacrificio de sí mismo, el tipo sublime en el cual encontramos reunidos todos los dolores de la vida humana i toda la grandeza ideal de la moralidad. En él están reconciliados lo humano con lo divino: es hombre, porque sufre; pero es tan grande su abnegación que le hace Dios. ¿Qué es, por tanto, lo que reserva el *cielo* á los que siguen á Cristo i continúan sin interrupcion la serie de los sacrificios? La perfecciòn moral. El infierno es el símbolo de la corrupción definitiva, donde, por hipótesis, concluirán por caer aquellos que, á fuerza de elegir el mal, perderán hasta la noción del bien. En cuanto al paraíso terrestre, es el símbolo encantador de la inocencia primitiva del niño: todavía no ha hecho el mal, pero tampoco ha hecho el bien; su primera desobediencia señala su primera falta. Cuando el deseo ha sido despertado en él por primera vez, su voluntad ha sido vencida; ha flaqueado i ha caído, pero esta caída es precisamente la circunstancia necesaria para su redención por la lei moral; por esto está condenado al trabajo, al duro trabajo de hombre sobre sí mismo, á la lucha contra la pasion; sin esta lucha que le fortifica, jamás verìa descender á él á Dios, al Cristo salvador, al ideal